

Carta de Argentina

Los campeones y las tribus

Jorge Andrade

El pasado junio se consagró campeón de fútbol, por segunda vez consecutiva y dos jornadas antes de que acabara la liga nacional, Boca Juniors, equipo de la ribera de Buenos Aires, el más popular del país. Cosiguió el torneo en circunstancias contradictorias, en las que se mezclaron gloria y tragedia, deportivas y humanas.

En la fecha previa, Boca había superado un récord histórico al alcanzar los cuarenta partidos sin conocer la derrota, y corrían doce minutos del encuentro cuando sus jugadores supieron, por la exclamación de su parcialidad, que su directo rival, River Plate, había perdido y que eran campeones. Entonces se produjo la catástrofe, Boca fue aplastado por un vergonzoso 4 a 0. Así su récord de imbatibilidad caía en la jornada 41. El que lo que quebró, curiosamente, fue Independiente de Avellaneda, el mismo equipo que por igual marcador, treinta y tres años antes, rompiera la plusmarca de 39 partidos que su viejo rival de barrio, el Racing Club, mantuvo hasta hoy. Yo no tuve ocasión de asistir al estadio para celebrar los triunfos del club de mis amores porque hace muchos años que me alejé de las canchas por causas racionales –la mercantilización, la violencia– pero ello no quiere decir que pueda racionalizar mis afectos y, a la distancia, sigo ligado a los colores azul y oro de Boca. Por esa misma causa tampoco fui testigo del desastre. No obstante, psicólogo aficionado como todo buen hincha de fútbol, no dudé –como no dudaría Jorge Valdano por derecho propio, ni ninguno de los miembros de la nueva *troupe* de entrenadores mediáticos, con derechos más discutibles– en dar el diagnóstico: cuando los jugadores supieron por el grito atronador de su hinchada que habían ganado el segundo título consecutivo, con la carga a sus espaldas de cuarenta jornadas sucesivas de defender el invicto, alcanzados sus dos objetivos, relajaron la tensión dramática y sólo desearon que todo acabara de una buena vez.

Pero el espectáculo continuó en la calle con los festejos de los seguidores boquenses que no tomaron en cuenta la circunstancial derrota. Hubo alegría desbordada, cánticos, desmanes públicos, saqueos de tiendas y la

representación concluyó como suelen concluir, hoy más que nunca, las catarsis populares, con la muerte. Un guardia privado de una línea de tren privada, mató de un balazo a un joven, tal vez integrante de una «patota» que imponía la ley del terror. O quizá no fue así, ya que no hay informaciones precisas; tal vez un guardia jurado con escaso entrenamiento, mal pago, mal acostumbrado a portar un arma, se sintió desbordado por la multitud y disparó al bulto.

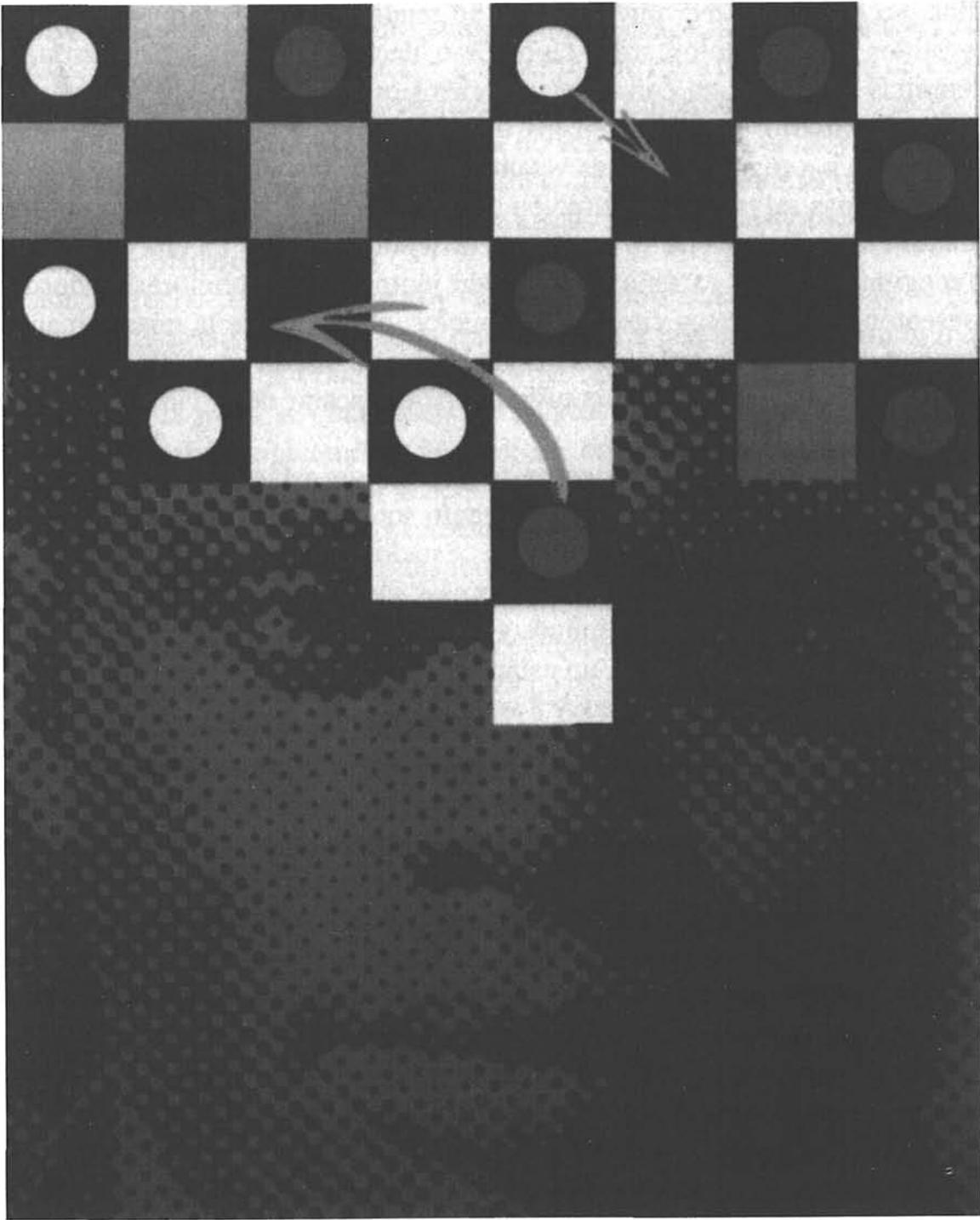
Son las reglas del juego que hoy se juega, multiplicación y dispersión de la fuerza, masas sin pertenencias que adhieren a una divisa deportiva o a cualquier símbolo de cohesión que les permita abrigarse en el calor del rebaño. En la masa se confunden los pobres, los desocupados, los delincentes, los psicológicamente débiles, los cobardes, los desesperados, y paladean por un momento el veneno dulce del poder, de la impunidad, de la violencia indiscriminada, protegidos por la sensación reconfortante de ser parte del gran animal. El disparo aleatorio de un guardia privado no vocacional, o de un policía público mal preparado, con un salario de hambre y corrompido, o de un sádico que se encubre en un uniforme para dar rienda suelta a sus instintos, vuelve las cosas a su lugar y otorga al que le toca su muerte individual.

En Argentina la agresividad de las masas futbolísticas se alimenta de la frustración y del rencor de los que contemplan el espectáculo impúdico de los ricos y se saben miserables, excluidos y sin esperanzas. Pero todos estamos al tanto de que este fenómeno no es exclusivo de los márgenes del mundo y que hoy, en la rica Europa, los grandes *shows* deportivo-comerciales, y en particular el fútbol, sirven para canalizar el descontento y los efectos de las patologías sociales. En lo que hace al fenómeno particular de las fuerzas de choque, tanto los «barrabravas» argentinos como los ultras europeos responden al mismo esquema: se trata de grupos violentos de comportamientos fascistas, protegidos por las instituciones futbolísticas que les conceden prebendas a cambio de que sirvan de guardia pretoriana a sus dirigentes y los voten en las elecciones.

De cualquier modo es interesante observar un proceso más amplio que el de los ultras y aún que el de las masas en acción, algo así como un recrudescimiento de las pasiones futbolísticas que pareciera permear toda la sociedad y creo que es global pero que salta muy a la vista en mi país. Diría que la pasión deportiva se ha desbordado sobre la vida entera y la ha inundado con una especie de sentido de pertenencia de reemplazo. En abril de 1999, debido al trámite de quiebra que se le sigue al antes mencionado Racing Club, la decisión de suspender el partido que debía jugar por el campeonato dio lugar a una sorprendente ceremonia. Los aficiona-

dos, no obstante saber que el juego no tendría lugar, llenaron el estadio vestidos con los colores del club. Eran decenas de miles de personas, familias enteras hasta con niños de brazos que contemplaban absortos el césped solitario. Luego, y en los días sucesivos, fueron a petitionar al gobierno, y a rogar a vírgenes y santos para que las autoridades seculares o las divinas salvaran la institución. No sorprendería ver a jóvenes enfundados en la camiseta de su equipo recorriendo las calles en una actitud de recogimiento. Más extraño era observar junto a ellos a hombres maduros, sesentones con caras y cuerpos de abuelos, ataviados de la misma manera, como si al fin de todo un ciclo vital, cuando entran en el último tramo de su existencia, lo único que tuvieran para rescatar de la vida fueran los colores de un club de fútbol.

Pareciera que los movimientos telúricos que están estremeciendo la estructura política del mundo y el vínculo social hayan minado la percepción consagrada de la pertenencia. Los Estados-nación sufren tensiones en las disputas de soberanía con las empresas globales, las uniones supranacionales, los nacionalismos étnicos y religiosos. Hoy las gentes tienen sentimientos patrióticos lábiles, no están afiliados a un sindicato, votan a partidos que no los representan y los engañan, sospechan de las iglesias tradicionales, no comparten el ámbito común de la fábrica, no se sienten miembros de una empresa que se empeña en expulsarlos mediante la flexibilización y la rotación de plantillas, vagan solitarios por las calles víctimas del paro o esperan en casa, aislados ante la televisión, a que regresen los miembros de la familia que tal vez no vuelvan porque están lejos, en el lugar donde empezó la emigración, o porque son átomos erráticos que padecen la fractura de la institución familiar. Contra la dispersión, la desorientación y el miedo, los seres humanos buscan atenuar la soledad siendo parte de algo con otros. Si las viejas instituciones se derrumban, tratan de juntarse detrás de una bandera nueva, y si ésta no es la de un fundamentalismo racial o religioso, o la de una secta esotérica, tal vez sea la de un club de fútbol.



Montxo Armendáriz: *Las cartas de Alou*